

santuario se suscitan espantosas tempestades, tanto mas terribles cuanto mas calladas, á manera de esas borrascas silenciosas que fermentan en la profundidad de los abismos del mar, que apenas se dejan percibir por una ebullicion superficial, pero que una vez que revientan, es porque levantan hasta las estrellas del cielo las algas y los mariscos que hubieran arrancado de las mismas entrañas de la tierra.

Signió á esto la absolucion dada por el prelado á los postulantes; la bendicion del hábito y del cordon; el acto de despojarse de las vestiduras profanas y cubrirse con el traje monástico; el canto de un himno sagrado y una exhortacion á los admitidos á dar gracias á Dios por haberles puesto en un camino de salud; despues de lo que, fueron conducidos al interior del monasterio por la comunidad, que habia asistido al acto.

Cuando hubimos oido la alocucion dirigida á los postulantes, recordamos algunas de las imputaciones injustas que se hacen á los institutos monásticos, atribuyéndoles un ciego espíritu de *proselitismo* que pone en juego toda clase de seducciones para fascinar á la juventud inexperta y arrastrarla á los claustros, en una edad en que el hombre no conoce todavia sus pasiones, ni le toma el pulso, por decirlo así, á su corazon, ni puede conocer cuáles serán las mas desarrolladas inclinaciones de su individuo.

En todo esto no hay mas que ignorancia, mentiras y mala fé. Mentira es ese espíritu de proselitismo ciego, que se esfuerza por seducir y alucinar. Aseguramos, en verdad, que al entendimiento mas fascinado, al ánimo mas preocupado, habrian hecho una mella terrible los conceptos que vertió el orador en su alocucion. En toda ella parece que no se propuso otra cosa que manifestar un interes decidido por retraer de su resolucion á aquellos cuatro postulantes. ¡Seducion, fascinacion! Mentira. En la misma época de que hablamos, conocimos en el Colegio de Guadalupe á un jóven, de familia decente, originario de Leon, que se habia presentado pidiendo el hábito monástico. Vivía en el claustro hacia algunos meses, dedicado al estudio, y se quejaba de que no se le habia dado aún resolucion afirmativa sobre su solicitud, y ni esperanza se le indicaba de que seria recibido. Despues supimos que esto era porque se queria que conociera las costumbres monacales, la austeridad del claustro y las privaciones y contradicciones de una vida de pobreza y de obediencia. Sin duda que el espíritu ciego de proselitismo no emplea seducciones tan bruceas, ni sujeta á pruebas tan molestas para conquistar adeptos.

Nosotros convenimos en que en los institutos monásticos hay ciertas tendencias propagandistas que conspiran á la ramificacion, á la diffusion del elemento mismo de donde nacen. Pero ese espíritu, si se

considera bajo su aspecto religioso, no es mas que un detalle, una forma determinada de la mision apostólica y evangélica. ¡Desgraciado el instituto donde tales tendencias no hubiese! esto probaria que estaba tocado de esterilidad, y que no tardaria mucho en tener sobre sí el anatema que cayó sobre la higuera infructífera. *Jamas nazca de ti ningun fruto: y al instante la higuera quedó seca.* (1) Si lo consideramos bajo un aspecto puramente humano, nada mas natural que ese espíritu de propaganda. Porque el hombre que se siente bien en la condicion que guarda, quisiera que todos los que le rodean se encontrasen constituidos en la misma. ¿Y esto por qué? Por dos motivos: primero, por amor propio; porque cada hombre quisiera en su vanidad, ser el ejemplar de la condicion de todos sus semejantes. Segundo, por el amor natural á los individuos de nuestra especie, que nos hace desear comunicar con todos, la fruicion de los bienes que nosotros disfrutamos. El atrevido marino, el valiente militar, el comerciante metalizado, ejercen cierta propaganda á su modo, y quisieran acarrear á su profesion á todos aquellos en quienes conocen ciertas aptitudes. Solo el que se encuentra disgustado en su condicion, obra en sentido contrario: por esto es que entre nosotros, muchos católicos de nombre quisieran que todos los creyentes se convirtiesen en apóstatas. El protestante manda sus misioneros hasta el corazon de la India, para conquistar prosélitos á fuerza de oro: el demagogo pone en planta hasta los medios mas reprobados por acarrear partidarios; y solo al catolicismo, solo á sus institutos monásticos se les hace cargo, porque ejercen una propaganda natural, tanto en el régimen divino como en el orden humano! ¡Inconsecuencias necesarias del error!

IV.

Ya que de paso hemos tocado los medios de accion de la demagogia, permitasenos hacerle la siguiente interpelacion. Si los clubs demagógicos, para admitir á cada individuo en su seno; para conquistar cada partidario; para asegurarse un sectario, procediesen tan de buena fé como se procede en los claustros con los postulantes, y les dirigiesen una alocucion tan grave, tan franca, tan llena de verdades amargas como las que tiene que oír el que va á recibir un hábito, ¿cuántos prosélitos conquistarían al año? Pero no: no proceden así; porque si fuesen francos y sinceros, se suicidarian. ¿Por qué, pues,

(1) San Mateo, cap. 21, v. 19.

tienen los demagogos tantos discípulos? Porque primero corrompen el corazón y fascinan después el entendimiento, ó simultáneamente hacen uno y otro. Los demagogos ejercen su propaganda y conquistan sus prosélitos en las orgías, en las tabernas, en los burdeles. Embriagan al pueblo; y en medio de su libertinaje, le hacen vociferar *vivas* á la libertad. Azuzan al pueblo para que se entregue al pillaje; y en medio de su desenfreno le hacen vociferar *mueras* contra las clases acomodadas. Suscitan una sedición, y llevan al pueblo á asesinar al poder constituido; y cuando ya está bañado en la sangre de los patriotas, le estimulan á blasfemar del principio de la legitimidad, y le escitan á vociferar los títulos de su soberanía. Esto sucede en nuestro país: lo hemos visto, y lo ha visto todo el que ha querido: que nos desmienta el que pueda. Y esto es extraño, es nuevo en el mundo? No, ciertamente. Los carbonarios de Italia, los sansculotes de Francia, los constitucionalistas de México, todos emplean, y han empleado, y emplearán los mismos medios de acción; los mismos resortes de propaganda. Robespierre y Mazzini y todos nuestros *nicos* de acá, son hijos de un mismo padre, discípulos de la misma escuela; y como árboles del mismo tronco llevan frutos idénticos.

V.

Se insiste mucho en que es un abuso admitir á la juventud á la profesión monástica en edad muy temprana; en el período de las ilusiones; en una época en que el hombre todavía no se prueba á sí mismo. Los que así hablan, ni conocen la economía divina del cristianismo, ni sospechan siquiera cuántos y cuán misteriosos modos de operación tiene la gracia sobre el corazón humano. Por esto es que, ya desde otros tiempos en que no se tenía el descaro preciso para ensayar extinguir de un golpe los institutos monásticos, se prevenía por la ley civil que se esperase á cierta edad avanzada para hacer la profesión religiosa. Mas este golpe indirecto propendía al mismo resultado que lo otro; porque él sería comparable á la prohibición de la celebración del matrimonio antes de los cincuenta años, si se quisiera extinguir la sociedad. Por qué? Porque hay prodigios en las operaciones de la gracia, porque hay milagros de la virtud cristiana, porque hay resoluciones heroicas en el hombre que se consagra á Dios, que solo pueden caber en un corazón virginal, en una alma nueva á las impresiones de la vida, en unas pasiones ardientes que en vano se buscarían en el temperamento calculador de una virilidad avanzada, en medio de los hielos de la senectud, ó bajo del polvo y las ce-

nizas que amontonan tras de sí los desengaños del mundo. Esos que disputan á Dios las primicias del corazón del hombre, las aspiraciones tan puras de una alma nueva á todo género de impresiones, obran como el que negara al altar llevarle por presentalla las flores recién cortadas, y que exhalan todavía todo su perfume, contentándose con ofrecer los mustios bagazos desprendidos de las guirnaldas profanas que engalanara las copas de las bacanales de otro día. La Iglesia ha fijado sabiamente la edad necesaria para emitir la profesión religiosa; y para andar acertada en ello le bastan dos cosas: primera, el perfecto conocimiento del corazón humano; segunda, la exacta apreciación de las operaciones de la gracia divina. ¿Y quién le disputará una ú otra?

En el mecanismo divino de la religión cristiana, y sobre las influencias de la gracia en el hombre, hay mucho que estudiar, y estudiando se aprende algo; pero hay también muchos misterios que venerar; y cuando tropezamos con ellos para quitar toda tentación de investigaciones insensatas y orgullosas, no queda más que hacer que repetir incesantemente con San Pablo. *¿No es verdad que Dios ha convencido de fátua la sabiduría de este mundo?* (1)

Hay ciertas máquinas en cuya complicada combinación entra una rueda que tiene un movimiento giratorio, tan rápido, que hace se pierdan á la vista su círculo y sus radios. Si algún curioso imprudente se acerca á desengañarse con el tacto de su mano de aquello que sus ojos apenas adivinan, se percibe de la existencia de un cuerpo potente, cuando ha perdido á pedazos la mano investigadora. No de otra manera sucede á cada paso á los pretendidos filósofos y políticos que, sin antecedentes bastantes sobre el mecanismo de la máquina de la religión cristiana, principalmente en todo aquello que dice relación á los abismos del corazón humano, pretenden poner á prueba de proyectos absurdos la existencia de ciertas combinaciones misteriosas. Se desengañan de la presencia de la combinación; pero esto es cuando ya su presuntuosa ciencia ha caído convertida en mil pedazos, sin haber conquistado otro descubrimiento que el sentimiento terrible de la repulsa divina.

Por esto el protestantismo, que ha dislocado la máquina de la religión católica, no comprende ni podrá comprender jamás, la alta misión de esos centros de movimiento que nosotros admiramos en cada instituto monástico; y cuando ha querido parodiar nuestros claustros, ha

(1) Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? 1.º ad Corint. 1.º v. 20.

dado una prueba mas de la infecundidad de sus concepciones. Díga-
lo la iglesia rusa, de la que nos refiere un ilustre viajero lo siguiente:
“Los institutos monásticos, son los que proveen á la iglesia de obis-
pos y dignidades, y á las academias y seminarios de directores y pro-
fesores. Pero esa noble y generosa voluntad que hace al hombre re-
nunciar al mundo y acogerse al claustro para servir á Dios en el si-
lencio de la soledad, orando, estudiando las ciencias sagradas y sir-
viendo al prójimo, en vano la buscaríamos entre los monjes rusos;
pues que muy diversos son los fines que los han llevado al monaste-
rio. Ningun individuo puede ser admitido en los *satnjes* ni en los
sastalnjes (1) sin haber completado la edad de cuarenta años, si es
hombre, ó de cincuenta si es mujer: es decir, despues que han apu-
rado el cáliz de los placeres, y cuando ya no se sienten con vida para
la disipacion del siglo, ni con fuerzas vigorosas para prestar servicios
á la sociedad civil. La voz celestial que debe servir de fundamento
á la resolucion de abrazar una vida semejante, no deben escucharla
sino cuando la sociedad humana se dispone para rechazarlos como
inútiles, y cuando ordinariamente la relajacion de costumbres debiera
alejarlos mas bien de la profesion religiosa. No debe sorprendernos,
pues, que los cuerpos regulares no entrañen allí alguna de esas bellas
flores de la juventud, que suele arrebatarse á la disipacion del siglo el
fervor cristiano, ni que puedan engalanarse aquellos con el ropaje de
la virtud mas alta del Evangelio, y que hace la hermosura de los
claustros del catolicismo. . . . la virginidad. . . . Lo sublime de esta
virtud, así como el bellissimo conjunto que forman las demas que la
acompañan, están muy distantes de hermosear las lauras y los *satnu-*
jes de la Rusia. (2)

[1] Los primeros son los conventos ordinarios ó pagados por el gobierno; y los segundos los extraordinarios y sostenidos por limosnas de particulares. [Nota del autor cuyo testo se cita.]

(2) Eyzaguirre. *El catolicismo en presencia de sus disidentes*. Tom. 1.º, cap. 26.—No podemos prescindir de recomendar encarecidamente la lectura del libro que acabamos de citar. Eyzaguirre en su obra ha venido á dar fé, por decirlo así, de la realizacion de muchas tristes verdades: del *hic et nunc* de las actualidades repugnantes, de los errores del orgullo y de la insuficiencia humana. Lo que Bossuet nos enseñó en su *Historia de las variaciones de la reforma protestante*: Colbet en su *Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*: Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*: Augusto Nicolás en *El protestantismo y todas las herejías en la relacion que tienen con el socialismo*; y Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*; Eyzaguirre ha ve-

Hé aqui á lo que deja reducidas el error las concepciones mas be-
llas del cristianismo; esto es, los planteles en donde se ensaya la rea-
lizacion de las virtudes mas sublimes, de los consejos mas elevados
del Evangelio. Hé aqui tambien á donde nos conduce esa filosofía
escéptica; esa civilizacion que destruye entre nosotros los claustros, y
que paga con dinero la apostasia de los débiles. Arranca de nuestra
sociedad el árbol á cuya sombra se criaron las generaciones de donde
procedemos; y no piensan que al desarraigar el árbol puede desga-
jarse el terreno de donde se arranca; porque el fué formado por el
aluvion del mundo, merced al árbol mismo á cuyas raíces se apregó.
¡Destruyen los institutos monásticos, y creen que con ello mejoran la
sociedad! ¡Insensatos! Les sucede lo que al empirico maquinista que
desarmó un reloj para componerlo; y cuando al reorganizarlo le so-
braron piezas cuya colocacion ignoraba y cuyos oficios desconocia,
pensó neciamente que no solo habia reconstruido la máquina, sino que
habia utilizado, economizando piezas!

¡Insensatos! Lamentables como son sus errores disolventes, terri-
bles por sus largas trascendencias, ellos no demuestran otra cosa, si-
no que, para nosotros, el presente es uno de los tiempos desgracia-
dos de que dijo el Espíritu Divino; *porque llegará un tiempo en que
los hombres no podrán tolerar la sana doctrina, y con un prurito de oír
lo que les lisonjea, recurrirán á una turba de doctores propios para sa-
tisfacer sus deseos. Y cerrando los oídos á la verdad, los abrirán á
cuentos y fábulas.* (1)

VI.

Dijimos antes que entre los cuatro jóvenes á quienes vimos tomar
el hábito en Guadalupe, habia un ciego de nacimiento. Este se re-
cibió como novicio para la profesion laical. Era originario del Cedral:
en la casa de sus padres se hospedaban con frecuencia los Padres de
Guadalupe; y esto hizo que el ciego les cobrase afecto, así como al
instituto monástico de que eran hijos los frecuentes huépedes de su
hogar paterno. Era músico, y pulsaba con admirable dulzura el arpa
y la flauta. Poseia ese estilo peculiar á los músicos ciegos, cuyas
concepciones musicales, muchas veces, no tienen imitacion en las es-

nido despues de todos, y con tanta gloria como ellos, y confirmando sus doctrinas,
nos ha dicho con la seguridad que presta la evidencia: *Todo es verdad, yo lo he
visto todo.*

[1] S. Pablo, 2.º á Timot. IV., vv. 3 y 4.

calas del arte. Pretendiendo alguna vez sujetar al análisis de nuestro sentimiento las cadencias y armonía de la flauta de nuestro ciego, encontramos en ella una sucesión grave de períodos dulcísimos, interrumpida de vez en cuando por arranques muy vivos que registraban las notas más agudas, elevándose hasta los cielos, de donde descendía el músico con igual rapidez que se había elevado, para conservarse á una altura modesta; la del corazón sencillo. En este templo agotaba la riqueza de su instrumento, con dulzura tan apasionada como la de esas palabras que envuelven mil misterios de amor y que se murmuran apenas al oído de la púdica virgen á quien se ha entregado el corazón sin reserva, y se le confían los delicadísimos afectos de una pasión que solo puede ser comprendida por otra pasión igual. Casi es general este carácter á la música de los ciegos, que siempre pueden decir lo que Cimodocea cuando se esforzaba por cantar su epitalamio en la víspera de su martirio. *¿Por qué cuando quiero cantar como la alondra, lloro como la flauta consagrada á los sepulcros?* (1)

Este ciego, llevando en el claustro todavía la vida de donado, se hizo conducir al órgano del templo: se impuso de la riqueza del instrumento, y se prometió pulsarlo con la misma destreza con que pulsaba su arpa y su flauta. Y sucedió así, porque muy en breve, él ejecutaba la música del coro para la celebración de los divinos oficios. No llegó á hacer la profesión monástica, porque su padre tomó con el empeño posible para disuadirlo de su resolución; logró en efecto arrancarlo, á su pesar, del asilo que había encontrado en el monasterio: algún tiempo después, hizo esfuerzos el piadoso ciego por volver á la casa de su elección; pero se le opusieron las mismas dificultades domésticas.

¿Cuál sería, preguntamos, la especie de fascinación ó seducción que obró sobre el corazón del ciego músico, que se resolvió á dejar la casa paterna por ir á abrazar las austeridades de la vida monástica? ¿Cuál sería el interés bastardo que hayan tenido esos *propagandistas sistemáticos*, para empeñarse por ganar un prosélito, en un desgraciado ciego, que naturalmente debía más bien servir de carga que de utilidad á la casa que aceptaba la obligación de proveer perpetuamente á la subsistencia de un inválido, que en recompensa, solo podría ofrecer los limitados servicios de un ciego, y ciego de nacimiento? Para tocar este punto, nada importa que no haya hecho por fin su profesión: para nuestro propósito basta que el ciego hubiera elegido libremente cierto estado, y que su deserción de él fuese contra su voluntad: que por la otra parte, el instituto, supuesto que le dió el hábito, se hubie-

[1] Chateaubriand. Los Mártires, ó el triunfo del Cristianismo.

ra puesto en el caso de admitir su profesión, y aceptar las consecuencias ulteriores á ella. Una y otra cosa demanda una ligera digresión.

Ese ciego que escogió la vida monástica y que luchó hasta donde pudo por no ser separado de ella, abandonó el mundo, donde más tarde ó más temprano habría venido á ser un hombre verdaderamente desgraciado: acaso para él, ese recurso era una verdadera necesidad; porque haciendo uso de él, se iba á convertir en un miembro útil para la sociedad; así como también se iba á poner á salvo para siempre de esas tempestades, que el contacto del siglo suscita aun en el corazón de los ciegos. Hay aptitudes, disposiciones, exigencias, ó como se les quiera llamar, en los individuos, que demandan para ellos imprescindiblemente una colocación determinada en el cuadro social. Si se ponen fuera de esa situación, ni ellos conquistan su felicidad, ni la sociedad en que viven reporta las ventajas que debiera de aquel individuo mal colocado. Esos hombres fuera de su lugar en el mundo, son como la rueda que se disloca en una máquina; si ésta es bastante potente y sigue su giro, la rueda dislocada será convertida en pedazos; pero si aquella es resistente, suspenderá el giro de todo el aparato, ó también lo hará disparar en completa desorganización. Nuestro ciego se sentía bien en el claustro; tal vez ese era el lugar que la Providencia le tenía deparado en el mundo: fué arrancado de él; y acaso se le ha hecho infeliz para toda su vida, ó se le ha puesto en camino para ser nocivo á la sociedad.

Ahora bien: en el mundo hay muchos hombres cuya situación es idéntica á la del ciego músico: hay enfermedades en el alma, peores que la ceguera del cuerpo; y ellas arrojan al individuo á estados más graves que el del que carece de la luz del sol. Así como en lo físico el predominio de un temperamento determina condiciones necesarias en el individuo (1); lo mismo el predominio de ciertas pasiones, determina condiciones especiales en los hombres, engendra necesidades peculiares á esas condiciones; y para la satisfacción de ellas se hace necesaria determinada colocación en el orden de la sociedad. Sin apelar á los misterios de la gracia divina, tenemos que convenir en que, aun naturalmente, es preciso conceder al hombre que se deje arrastrar por ciertos impulsos, que lo lleven á colocarlo en una posición en que cree que se sentirá feliz.

[1] Hablamos de condiciones físicas, y no de disposiciones morales, en el sentido que algunos frenólogos pretenden que dependan necesariamente de ciertas causas puramente orgánicas. El bilioso, el sanguíneo, el linfático, el nervioso tienen distintas predisposiciones; y en virtud de ellas son por necesidad natural más propensos á tales ó cuales enfermedades. En este sentido hablamos.

Por esto el Cristianismo que es la filosofía única concedora del corazón humano, ha arrojado de suyo espontáneamente tantos institutos, y tan varios, como son muchas y diversas las exigencias que en el hombre hay que satisfacer. ¿Y en qué épocas se han multiplicado esos plantales de penitencia y de sabiduría? Precisamente cuando el mundo ha necesitado más de una potencia regeneradora. Los institutos monásticos no deben su origen á los Pontífices ni á los Obispos: nacieron del mismo elemento cristiano; y mientras éste subsista, se conservarán ellos á pesar del mundo: han variado en sus formas en el trascurso de los siglos; pero el espíritu que les dió vida, ha sido idéntico desde Pablo el primer ermitaño, hasta nuestros días.

Por esto los que atacan esos institutos; los que quieren extinguirlos como innecesarios, atacan directamente el elemento evangélico, y abren un vacío inmenso en el mundo que devora al corazón humano. Por lo mismo, donde el protestantismo cierra los claustros, multiplica las prisiones, y funda casas para locos: donde el filosofismo le arrebató á la débil mujer esos asilos santos en que puede ir á poner á salvo, en edad temprana, sus frágiles virtudes, allí tiene que abrir hospitales para las víctimas incurables del crimen; casas de refugio para el arrepentimiento tardío..... Hemos dicho mal, suponiendo que bajo el dominio del filosofismo se abra un solo asilo para el *amargo arrepentimiento*. Esta es una virtud esclusivamente cristiana; porque ella es hija de las tres grandes virtudes que son los omnipotentes resortes del sistema divino del Evangelio: donde no existen estas virtudes, puede venir, después del cansancio de la vida, el hastío, la desesperación, los desengaños estériles, pero no el arrepentimiento. El espíritu del Evangelio llevó á los pies del Salvador á la pecadora, á quien se perdonó mucho, porque también amó mucho; el espíritu del filosofismo llevó al apóstol traidor al pie del árbol que le sirvió de suplicio.

El Cristianismo abre asilos de santidad y de paz, donde el hombre pueda ir á curar sus dolencias ó á fortalecer sus virtudes; porque sabe que al débil le basta con su propio mal, y no necesita revestirse de las pasiones del mundo; porque sabe que el fuerte necesita ponerse á salvo de la precisión de aceptar pruebas temerarias contra su propia virtud. Y los que destruyen los institutos monásticos; los que dicen que estas creaciones fueron propias solo para otra época, ¿sabeis lo que hacen? ¡Malvados. . . ! Ven á la sociedad enferma, corrompida hasta un grado vergonzoso; y para que no se escandalice de su propio mal, para que no se asombre de la intensidad de su corrupción, abren la escuela infame de Dumas y de Sñe, y en ella se hace la autopsia de la misma sociedad, para poner de manifiesto la putrefacción de las úlceras de sus entrañas, y habituar al hombre al espectá-

culo de la podredumbre y los gusanos que le corroen el corazón. Ellos obtienen su triunfo entre nosotros: sus obras nos lo hacen sentir. Se estingue un claustro; y sobre sus ruinas se abre una escuela de artes (1): se estingue un establecimiento piadoso, y sus rentas se aplican al pago de chusmas de asesinos y bandidos (2): se destruye un convento, y sobre sus escombros se establece un burdel (3): se profana un Santuario, se viola el altar; y la ramera aparece engalanada con las vestiduras sagradas (4). El ladrón brinda en el cáliz del sacrificio (5) y las abominaciones más execrables se consuman en la misma casa de Dios (6).

¿Qué pensais ahora del modo de obrar de las órdenes religiosas en la propaganda del espíritu que las anima, comparado con el que ejerce la demagogia contra todo aquello que se opone á sus perversas miras? ¿A la propaganda monástica, al espíritu de un claustro prefeririais alguna vez el de un club democrático y la propaganda de esas turbas que se hacen preceder siempre por el terror, y que dejan señalado su paso con cenizas, sangre, desolación é infamia? ¿Y qué pensais de esas casas que abren sus puertas de paz á un hombre tan nulo como lo es un ciego de nacimiento, oscuro por su origen, despreciable segun el siglo por su pobreza? ¿Qué cálculos, qué intereses podreis suponerles en conquistar prosélitos de tan poca valía? Esos cálculos, esos intereses son de un orden tan alto que es inútil hablar de ellos al que no es dado comprenderlos, porque no es capaz de sentirlos. Bástenos decir que, precisamente, aquello en que la religion es más desinteresada y más sublime, es lo que presenta mayor motivo de escándalo á la filosofía del mundo; por lo mismo que ésta trata de destruir todo aquello que le causa celos, sin pensar que desaparecerá de la sobrefaz de la tierra toda ciencia y toda filosofía, antes que des-

[1] Esto ha sucedido en San Luis y en Zacatecas.

[2] Esto ha sucedido en todas partes donde la demagogia ha tenido tiempo de consumir sus proyectos de despojo.

[3] Esto sucedió en México. Se abrió una calle, destruyendo parte del convento de San Francisco; y ahora se ve en un sitio antes venerado, una accesoría infame que recuerda á Comenfort con su canalla y sus crimenes.

[4] Esto ha sucedido en Guadalajara, en San Juan, en Etzatlán, en Mascota, en Ameca, en Atemajac de las Tablas, en Ahuacatlan y en otros muchos lugares.

[5] Esto ha sucedido en Morelia: sucedió también en Guadalajara en Octubre de 1858.

[6] No se pueden confiar á la pluma algunas abominaciones consumadas en los templos por los constitucionalistas. Baste decir que en el de Magdalena se cometieron crimenes por la gavilla Rojas, peores todavía que la blasfemia, el asesinato, la fornicación, ¡¡¡crimenes sin nombre!!!

aparezca la simiente de la caridad de Jesucristo y sus frutos, que son esos prodigios que el hombre no comprenderá jamás con toda su vana sabiduría. *La caridad nunca fenecerá; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas y se acabará la ciencia* (1).

VII.

Dijimos antes cual era nuestra situación en Guadalupe; y ella, de uno en otro día venía á ser mas violenta, al grado de que esa enfermedad moral que nos dominaba, trascendiendo al físico nos habia puesto en un estado de abatimiento impropio de nuestra edad. Nuestros goces se reducian á la lectura, que no soportábamos por dos horas continuadas: á visitar el templo, que nos era ya demasiado conocido para que pudiese su vista escitar ese interes que procede de la reproduccion continuada de impresiones nuevas: á hacer algunos paseos por el campo en que, una vegetacion apenas perceptible y tostada por los hielos del invierno, presentaba un cuadro, mas bien que para divagar el espíritu, propio para escitar consideraciones tétricas. Nacidos nosotros en un suelo donde la fecundidad de la naturaleza hace admirar en los campos cuantas bellezas pueden imaginarse en una selecta coleccion de cuadros de paisaje, no podiamos menos que encontrar tristes puntos de comparacion en las llanuras místicas y estériles que rodean á Guadalupe y Zacatecas; principalmente cuando acabado de pasar el invierno habia seguido la estacion de los vientos, cubriendo de polvo el verde azulado de los plantíos de magueyes, que es la única vejetacion que suele fijar la vista en las estensas llanadas, donde en el peso del día nada hay que admirar fuera de esos fenómenos fantásticos, que la refraccion de la luz produce en una atmósfera enrarecida por el calor del sol, y opacada por el polvo de los huracanes.

Multitud de veces nos sorprendió la noche á mucha distancia de la villa, sentados entre los sulcos de alguna sementera, que por la falta de agua se habia secado sin producir su fruto. Nos habiamos ocupado tal vez en hacer recuerdos de nuestros bosques de pinos y de encinos, donde se respira un aroma vivificador, y donde nos apereibimos de la vida universal por ese conjunto de ruidos vagos, que nada dicen ni se pueden traducir al idioma del hombre, pero que forman el lenguaje de la naturaleza. Nuestros campos, inundados por manantiales perpétuos, cubiertos de flores sin cuento, recorridos por nu-

(1) San Pablo 1. á los Corint. XIII, 8.

meros ganados semisalvajes, bajo una atmósfera ligeramente enrarecida, por un calor templado, valen mas que esas campiñas desoladas, entrecortadas por cerros desnudos, por cuyas faldas no se distingue mas que las blanqueadas mohoneras que marcan los linderos de las pertenencias mineras, y el *hasta aquí* de las disputas y ambiciones de los hombres, que llevan sus discordias hasta las entrañas de la tierra en busca de oro y de plata. . . . precio infame de la conciencia de muchos; razon *á priori* de las convicciones de tantos; prueba irresistible para el honor de innumerables!!!!

Todo esto y mas revolviámos en nuestras meditaciones. . . . ¿Y sería porque diéramos gran valor á la distancia de nuestro suelo? no, sin duda. Era porque hay situaciones en que la distancia de una legua entre nosotros y cierto objeto, vale tanto como si se interpusiese la vasta estension de los mares. ¿Cuántas veces en un mismo domicilio, tememos morir separados de alguna persona por el espesor de una pared! El corazon humano es un prisma de tantos colores, cuantas son las diversas situaciones en que pueden los humanos encontrarse constituidos: el mundo se vé al través de ese prisma, y por ello sus decoraciones varían como difieren los individuos. Si no hubiera vidrios que produjesen las ilusiones ópticas, no habria el goce que se tiene cuando por su medio, nos creemos trasladados á millares de leguas y á centenares de años, é imaginamos asistir al incendio de Roma, á las erupciones del Vesubio, ó á las fiestas de Venecia. Así tambien, si viéramos al mundo bajo su aspecto absoluto, y no al través de ese prisma del corazon, que recibe sus colores de múltiples influencias, no habria poesía; porque habria únicamente la monotonía de las formas absolutas, y la inmovilidad de sus inflexibles contornos.

Conociamos nuestro malestar y su procedencia: conociamos tambien cual debiera ser el remedio; y sin embargo, no nos atreviamos á ensayar su aplicacion: á la manera de ciertos enfermos que, conociendo la gravedad de su dolencia, se resisten al tratamiento de un médico, porque tiemblan de escuchar su diagnóstico, y tener que deducir de él un pronóstico tal vez funesto.

Hay decoraciones en el corazon que demandan imperiosamente una peripecia violenta, para obtener la solucion de ciertos nudos. Pues bien; esas peripecias solo la Religion las puede proporcionar. Por lo comun, cuando el hombre se abate hasta el aniquilamiento, en fuerza de circunstancias que no ha podido ó no ha querido dominar, es que se engolfa en sí mismo; y con un orgullo punible, parece que se juzga solo en la creacion, y que no hay mas de que ocuparse que de sí propio: de esta manera ensimismado el individuo, cuando recapacita, se encuentra aislado en el mundo; porque en justo castigo de su

nécia soberbia, se le retira todo aquello que antes le rodeara. Esta situación lleva hasta los peores extremos, porque si no hubiera soberbios y ensimismados, no habria suicidas, ni locos culpables.

¿Y qué recurso queda al individuo para no chocar con el escollo de una locura culpable, ó de un suicidio calculado con frialdad? La Religión. Porque á proporcion que el hombre se aniquila hundién-dose en sí mismo, necesita elevarse á tanta altura, cuanta sea capaz de compensar su anterior abyeccion y de curar su enfermedad. Necesita por medio de un salto de gigante, levantarse desde los abis-mos humanos hasta las alturas de Dios, humillándose y aniquilán-do-se, no en sí mismo, sino ante Dios; y una vez conseguido este esfuer-zo, el nudo esta ya resuelto; porque Dios ensalza al hombre en pro-porcion de lo que él mismo se habia abatido, confesando que no le es lícito gloriarse, sino en el favor y en la omnipotencia divina.

Al pensar de esta manera, tornamos la resolucion de ir á buscar la paz que necesitábamos en los recursos de la Religión, y á la sombra de los claustros del colegio de Guadalupe. Sin vacilar un momento, pusimos en planta aquella resolucion, dando de mano á algunas aten-ciones que nos ocupaban. Al dejar tras de nosotros el umbral de las puertas del monasterio, nos propusimos olvidar por unos dias cuanto pudiese tener pendiente nuestra atencion en otra parte que no fuese dentro de los muros de aquella casa.

VIII.

No nos ocuparemos de describir el interior del vasto monasterio de Guadalupe, ni la bella distribucion de sus departamentos, sus hermo-sísimos patios, su estenso jardin, y algunas obras de arquitectura dig-nas de especial mencion (1): esto no cumple al propósito que nos he-mos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en

(1) Entre otras cosas notables recordamos una bellissima capilla erigida en ho-nor de la Concepcion Inmaculada de Maria, donde se ven admirables trabajos de talla en cantera: esta capilla tiene de notable el ser una miniatura de la basílica de San Pablo de Londres. Un magnífico algibe en que se conserva el agua necesaria para el consumo de la comunidad en todo el año; esta obra tiene de notable que se desagua naturalmente á cierta altura, sin que sea conocido el conducto por don-de se hace el desagüe. Un arco que sostiene el lienzo de pared de una capilla que amenazaba ruina: este arco es notable por su forma y por la manera con que ejer-ce una doble fuerza para sostenerse á sí mismo, y sostener la capilla á que sirve de apoyo. Estas dos últimas obras fueron construidas por un religioso laico del mismo Colegio, que fué un insigne arquitecto.

un claustro se pueden recibir. Al describir éstas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservamos ligado algun recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto ver-daderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales. En circunstancias dadas no fijan la atencion del caminante las proporci-ones colosales, y majestuosa hermosura del pino secular, á cuyo pié se guarece de los abrasadores rayos del sol de mediodía; y sin embargo, se estasia mirando la trasparente gota de resina que destila del mis-mo tronco, y el pequenísimo insecto que construye su albergue al abrigo de la corteza.

Al caer la tarde entramos al convento, y despues de haber recor-rido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesion de la celda que nos fué señalada para habitacion. Como no conociamos todavía la distribucion del es-tenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia don-de quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa. Esto nos hizo traer á la memoria aquellas fantasías tan frecuentes de las leyendas de la edad media, que nos re-presentan unos castillos llenos de laberintos y de puertas secretas que, cerrándose tras del peregrino que allí recibiera la hospitalidad por una noche, no le dejaban ni vestigios del camino que habia lleva-do, ni conciencia segura de la situacion que guardaba, teniendo que dormirse pensando en endriagos y gigantes que vendrian á turbar su sueño.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos dias; una mesa con útiles de escritorio y al-gunos libros; todo era pobre, pero aseado con esmero. Tan luego como nos instalamos en este lugar, sentimos una especie de trasfor-macion en todo nuestro individuo, que nunca podriamos explicar cum-plidamente. Como el que por largo intervalo ha estado sumergido en el agua, y que mediante un esfuerzo sale á respirar el aire en la su-perficie: como el que está medio sofocado en una atmósfera impreg-nada de miasmas dañinos, aspira por fin una corriente de viento puro que ensancha y vivifica sus pulmones, así nos sentimos nosotros cuan-do abrumados por nuestra anterior situacion, fuimos á sujetarnos vo-luntariamente á las influencias de aquel claustro.

Toda esa noche estuvo llamando nuestra atencion el ruido extraño que formaban las impetuosas corrientes de viento que, entrando por los brocales de un algibe, iban á hacer una esplosion en la profundi-dad, semejante á la detonacion lejana de una pieza de artilleria de batalla. Esas ráfagas de viento eran una imágen de las pasiones del siglo, que invaden hasta el ámbito silencioso de los claustros, para ir